

La investigación transdisciplinar y el posicionamiento del investigador como actor social

Trans-discipline research: subaltern groups set up as social actors

Elba Noemí Gómez Gómez¹

Nuestras sociedades siguen siendo profundamente injustas y desiguales. Solamente una postura más plural y tolerante, más autocrítica y reflexiva, utópica pero también realista, nos puede conducir a que el conocimiento que generamos sea útil socialmente, productivo en lo científico y generador a la vez de alternativas viables a ese principio de realidad que hace que nuestros países sigan siendo tan asimétricos, tan inexcusablemente e inmoralmemente injustos.

Sánchez Ruiz, 2002

Resumen

Si la realidad actual es cambiante, multideterminada, plural y heterogénea; si los habitantes de este mundo globalizado caminamos en las fronteras, en los quiebres, en las incertidumbres y en el riesgo, más que en las certezas, uno de los desafíos del investigador de lo social tiene que ver con la construcción de un conocimiento de fronteras, desde acercamientos complejos que trasciendan los planteamientos hipotético-deductivos como la única forma de hacer investigación. Ello nos acerca a la discusión sobre la transdisciplinariedad, donde se plantean categorías alternativas a la pretensión de exactitud y confiabilidad en la indagación, para dar centralismo al rigor metodológico, a la ética y a la vigilancia epistemológica en el proceso de construir conocimiento. El presente trabajo pretende compartir mis reflexiones en torno a un proceso de investigación transdisciplinar, cuyo

referente empírico fue un grupo de habitantes de los suburbios que se involucraron en una experiencia educativa política en la década de los ochenta y que pertenecieron a una organización social. Retomo, también, la crítica social como lugar donde se coloca el investigador, lo cual lo ubica como actor social, desde una doble indignación: frente a la miseria y frente al egoísmo.

Palabras clave: Investigación transdisciplinar, investigación social, indagación.

Abstract

If reality is ever-changing, multi-influenced, plural and heterogeneous; if the inhabitants of this "globalized world" are actually wandering through borders through fractures, and through uncertainty and risk; one of the challenges the social researcher faces is the construction of frontier knowledge. This knowledge has to be built from

Recibido: 29-04-2011 / Modificados: 15-06-2011 / Aceptado: 30-06-2011

Este producto se encuentra asociado a la investigación: "Mundos imaginados - mundos posibles. La socialidad reflexiva en los participantes en un proyecto educativo - político. Veinte años después", desarrollado para la formación doctoral en Estudios Científico- Sociales.

1 Doctora en Estudios Científico Sociales, Magister en Investigación Educativa y Licenciada en Psicología ngomez@iteso.mx

Cómo citar este artículo: Gómez, E.N. (2011). La investigación transdisciplinar y el posicionamiento del investigador como actor social. *Revista educación física y deporte*, 30, (1), p. 377-386

complex approaches which go beyond hypothetical-deductive approaches which presume this is the only valid way of conducting research.

This scope will, in fact, get us near the discussion about “trans-disciplinarily” where non-traditional categories are developed as alternatives to the ever-present aim of mono-disciplinarian exactitude and reliability. The new categories will then, give a central role to the methodological rigor, ethics, and epistemological thoroughness in the process of constructing knowledge.

This paper aims at sharing my reflections about a trans-disciplinary research process which had a strong empirical component stemming from a group of suburbia citizens who belonged to a social-civil organization and got involved in an educational-political project during the 1980s. I am positioning myself in the social critique realm, which forces the researcher to become a social actor confronted with a double source of indignation: misery and selfishness.

Keywords: trans-disciplinary research, social research, inquiry.

Introducción

Se afirma que en la realidad actual se ha trastocado la dimensión espacio-temporal, que vivimos en los riesgos, la incertidumbre y la desprotección, y que la complejidad y el cambio orquestan la cotidianidad; también se afirma que para construir conocimiento social es menester hacerlo desde las fronteras entre las disciplinas, desde acercamientos complejos y desde la creatividad metodológica, atributos, todos ellos, de la transdisciplinariedad. Desde esta perspectiva, el papel del investigador de lo social se ve impactado, se le demanda colocarse como actor social en el interjuego entre la ética, la vigilancia epistemológica y el rigor metodológico.

El presente trabajo pretende presentar la radiografía de un proceso de investigación transdisciplinar cuyo referente empírico fue un grupo de ocho actores sociales que se involucraron en una experiencia educativa política y que pertenecieron a una organización social, hace veinte

años. La intención del trabajo de indagación que sirve de base al presente texto fue recuperar el impacto de la experiencia pedagógico-política en los ámbitos de vida de los implicados.

En México, como en diversos países de América Latina, en la década de los ochenta se registró un fuerte empuje de la industrialización en las grandes ciudades, lo cual favoreció la migración del campo a la ciudad de miles de campesinos en búsqueda de mejores oportunidades de vida; ello trajo como consecuencia la proliferación de colonias suburbanas edificadas en terrenos inhóspitos, rodeados de lodazales, zanjas y ríos de aguas negras, carentes de todo tipo de servicios públicos. Las condiciones de precariedad de estos cinturones de miseria favorecieron la aparición y fortalecimiento de diversas organizaciones sociales ante la no respuesta del Estado y del mercado a las demandas de empleo, vivienda, salud, educación, cultura y participación política de sus pobladores. Los proyectos alternativos llenaron un hueco de convocación y aglutinación de los llamados sectores populares.

La investigación que sirve de sustento al presente trabajo lleva como título: “Mundos imaginados-Mundos posibles. La socialidad reflexiva en los participantes en un proyecto educativo-político, veinte años después”. Para tal efecto, se entiende por socialidad a una forma de estructuración de lo social que pretende trascender la dicotomía individuo-sociedad; la socialidad tiene que ver con intersubjetividad, con alteridad y con otredad. En términos genéricos, alude a la manera de relacionarse, de representar, de habitar y de construir identidad.

La construcción metodológica se inscribió en la tradición cualitativa, ya que se pretendió la recuperación de la voz de los sujetos involucrados, de sus narrativas historizadas, con énfasis en los procesos de simbolización, comunicación y significación. Las técnicas implementadas para tal efecto fueron: grupos de discusión y entrevistas individuales en triangulación con la observación etnográfica.

La metodología cualitativa rescata la subjetividad tanto del investigado como del investigador,

rescata también los procesos de interpretación y de subjetivación. En este tipo de investigación se concibe al objeto de estudio como una realidad construida socialmente y los objetos son sujetos sociales que se auto constituyen (Dávila, 1995). En esa línea, la relación sujeto-objeto de conocimiento también difiere. En la línea cuantitativa la relación se circunscribe a la captación de los rasgos externos del sujeto (objeto) evitando interactuar con el sujeto o grupo estudiado, en aras de una objetividad entendida como la captación de la realidad *tal cual es*, sin interferencia de la subjetividad; por el contrario, la relación entre sujeto y objeto de conocimiento en la postura cualitativa es dialéctica, interviene la subjetividad de los sujetos en el proceso de construcción del conocimiento de lo social; de tal forma que el objeto estudiado no se puede entender con independencia de los sujetos y de los contextos en que esta realidad es conocida. “En el marco de este tipo de investigación, las personas involucradas, los escenarios o grupos no se reducen a variables, sino que se consideran como un todo, es decir se estudia a las personas en el contexto de su pasado y de las situaciones en las que se encuentran” (Álvarez-Gayou, 2003, 24).

Taylor y Bodgdan (1984) describen una serie de características distintivas de la línea cualitativa de investigación: se privilegian los procesos inductivos, el abordaje es holístico y los procesos son flexibles. Considerando la interacción del investigador con la realidad a estudiar, el investigador cualitativo tiene un acercamiento desde dentro, se pugna por la fidelidad a la construcción propia de los sujetos. Finalmente, la investigación cualitativa no se conforma con la realidad observable, le interesa indagar en lo oculto, en lo latente, en lo que se encuentra más allá de lo aparente. La investigación cualitativa persigue describir y comprender el mundo propio de los sujetos de investigación, a partir de la inmersión en los escenarios naturales en que ocurre. La profundidad y el descubrimiento interesan más que la generalización (Giorgi, 1985; Ruiz, 1999).

El valorar la complejidad del objeto de estudio elegido, la socialidad reflexiva, me instó a su construcción en el rompimiento, en los linderos, en el quiebre; me instó, también, a colocarlo en

una concepción de historia no lineal. Ello implicó, entre otras cosas, un movimiento dialéctico de recorte y apertura del objeto de investigación, en el marco de una propuesta metodológica suficientemente sólida y al mismo tiempo flexible. Reconocer las tensiones culturales y espacio temporales propias del abordaje adquirió status de indispensable.

El escrito que presento se compone de tres apartados: en el acápite “Traspassar la lectura lineal de la realidad social”, se aborda la necesidad de acercamientos metodológicos complejos frente a las características que se le atribuyen a la sociedad contemporánea; en “Una experiencia de investigación transdisciplinar”, se da cuenta de algunos bemoles en torno a la construcción metodológica, y en “Algunas conclusiones” se plantean reflexiones globales en torno al tema abordado.

Traspassar la lectura lineal de la realidad social

El aumento de la desigualdad social, económica y cultural es concomitante al avance de la globalización y el neoliberalismo, como concomitante es la estela de extensas zonas de pobreza y exclusión que dejan a su paso y que trastocan a millones de mujeres y hombres en “desechos humanos”, enviándoles el mensaje de que son totalmente prescindibles para el sistema. Ante este panorama es difícil mantener la esperanza en las alternativas de futuro para las personas que penden de un hilo en este mundo globalizado, productor de injusticias y que atenta contra la dignidad humana.

Entre estas extensas zonas de miseria encontramos los llamados “suburbios”, colonias ubicadas en la periferia de las grandes metrópolis, habitadas, principalmente, por personas que llegaron a la ciudad con la ilusión de encontrar empleo, pues en muchos casos, en sus lugares de origen se veía amenazada la sobrevivencia. En estas mismas coordenadas, donde a veces pareciera que solo de sombras se perfila el futuro, se dibujan y se han dibujado narrativas de agencia que exorcizan los monstruos y las incertidumbres desde nuevas visibilidades, que van desde la creación

de redes de sobrevivencia hasta la conformación de movimientos alternativos tejidos de sueños y utopías de mundos mejores.

Es aquí, hace tres décadas, donde mediados por procesos pedagógicos y organizativos se erigieron como actores sociales muchos de los habitantes de los suburbios; que aunque han compartido también la incertidumbre y la falta de seguridad, han implementado creativas estrategias de sobrevivencia. Es en este intríngulis donde se sostiene que aquellos que se involucraron en proyectos alternativos aprendieron a vivir la vida de otra manera en relación a los que no se involucraron. En el abordaje de estos temas de investigación, la vigilancia epistemológica por parte del investigador toca la revisión de diversos tópicos: la concepción que se tiene sobre la pobreza y sobre los que encarnan dicha condición, la capacidad de participación de la vida social que se les confiere a los llamados “pobres, excluidos, marginados...”, los diferenciales de movilidad que se les reconoce y, por último, la posibilidad de desarrollo de la capacidad de agencia que se les reconoce. Parafraseando a Sánchez Ruiz (2002), el reto de un investigador autocrítico y reflexivo es huir de cualquier fundamentalismo o maniqueísmo simplificador, y al mismo tiempo plantear opciones emancipatorias.

Para Pratt (2001), aun en el corazón mismo de nuestras sociedades capitalistas y consumistas, existen muchas prácticas, relaciones, instituciones y formas de subjetividad que no son regidas por las leyes del capital y del consumo, las cuales hemos aprendido a no valorizar, e incluso a no ver, precisamente porque no caben dentro de los grandes paradigmas teóricos que facilitan nuestro entendimiento del mundo. Los estudiosos de lo social tienen el reto de contar la historia de otra manera, ir más allá de lo aparente, de lo que parece ser insignificante; ello demanda la construcción de un nuevo aparato crítico, desde nuevas miradas, donde lo blanco no es totalmente blanco y lo negro no es totalmente negro. El movimiento y la contradicción nos llevan a la construcción del conocimiento social entre las fronteras, las no certezas y los riesgos; entonces,

el quehacer del investigador social tiene lugar en un espacio transfronterizo, con la creatividad y la imaginación como desafíos. Las nuevas dinámicas sociales influyen el trabajo del investigador, influyen, también, su *habitus*, (Bourdieu, 1991).

Es menester leer la realidad social desde nuevas categorías: desde la discontinuidad y el desbordamiento (Appadurai, 2003); desde la complejidad y la heterogeneidad (Morin, 1995); desde la dialéctica entre lo local y lo transnacional (García Canclini, 1984); desde las representaciones historizadas y los procesos de simbolización (Chartier, 1995); desde coordenadas de tiempo y espacio ubicadas en planos no lineales y desde el interjuego entre modernidad, posmodernidad y tradición para abordar el surgimiento de nuevas identidades híbridas y el surgimiento de nuevos actores.

Lo anterior nos lleva al debate en torno a lo transdisciplinar. Si la realidad es cambiante, multideterminada, plural y heterogénea; si los habitantes del mundo actual caminamos en las fronteras, en los quiebres, en el riesgo más que en las certezas, el desafío tiene que ver con la construcción de un conocimiento de fronteras entre las distintas disciplinas, sin pretender aprehender la totalidad de la realidad social desde un solo campo de conocimiento.

Ante esta realidad y el reto de la transdisciplinariedad, el investigador debiera colocarse como actor social, desde una doble indignación: frente a la inequidad y frente al individualismo. Parafraseando a Morin (1995), el reto de la conformación de la crítica social es hacerlo desde tres desafíos: el epistemológico, el cívico y el ético. Tanto Martín Barbero (2001), como Sánchez Ruiz (2002) plantean la crisis de autoridad del discurso científico-social y rescatan el papel de la reflexividad, del sentido crítico y de la producción de conocimiento de cara a la sustentabilidad. Es en este debate sobre el papel de los investigadores donde inscribo mi propia discusión en torno a mi adscripción como investigadora.

Una experiencia de investigación transdisciplinar

Un elemento que ha marcado significativamente el desarrollo de este trabajo es mi implicación en la experiencia abordada. Al recuperar las representaciones de los actores iba recreando una parte importante de mi historia. Mi papel como educadora popular y mi militancia política han marcado significativamente mi trayectoria académica. Mi interés por encontrar alternativas a la inequidad social no se agotó en la década de los ochenta, he mantenido interacción con diversos actores sociales durante veinte años de mi vida: con habitantes de los suburbios, con indígenas huicholes, con niños de la calle, con niños y niñas en situación de albergue, con migrantes mixtecos, purépechas y huicholes en la ciudad de Guadalajara, México; y al mismo tiempo, he apoyado a diversas organizaciones sociales. Mi interés ha mantenido como constante el acercamiento a la subjetividad y a la capacidad de agencia de aquellos que han convertido los espacios de exclusión en nudos incluyentes, de aquellos que han sido ignorados por la *doxa* académica.

El desafío que me impulsó día a día durante este trabajo de investigación fue construir conocimiento de frontera, para ello he colocado como centro la producción de sentido en todo el trayecto. Mi quehacer como investigadora se reposicionó en un espacio transfronterizo y translocal, en la transformación dinámica de mi praxis académica. El sujeto que investiga remite a una relación puesta en escena, en palabras de Bourdieu (1991), en un campo, en la disputa permanente por la pertenencia, por la legitimidad. Entre otras cosas, me vi retada a abandonar mis rincones de seguridad para acercarme a otras disciplinas, ello me acercó a la transdisciplinariedad, que en palabras de Martín Barbero², significa leer y escribir en la frontera entre diversos campos de conocimiento y desde ahí andar y desandar. La transdisciplinariedad como alternativa al pensamiento complejo matiza el *habitus* del investigador. En mi caso, el descubrimiento de

la “transdisciplinariedad” me retó a mantener un diálogo cercano entre complejidad, reflexividad y vigilancia epistemológica, lo cual dejó huella en mi oficio de investigadora, en mi identidad.

Resquebrajar mi cómoda identidad académica, atrincherada en un campo disciplinar, no fue tarea fácil, porque había fungido como lugar de llegada y de seguridad. Sabía que transitar hacia los límites entre las disciplinas implicaba, en un primer momento, esa sensación de quedarme en la nada, en el no lugar; era menester incursionar como *amateur* en nuevos campos de conocimiento, para conservar la pregunta abierta ¿qué existe en la frontera entre las disciplinas? Así lo consigné en el diario de campo:

Recuerdo mi primer impacto con el prefijo “trans” que fue seguido por la palabra “disciplinariedad”, después se le fueron agregando más: ... translocal..., transnacional..., fronterizo, etc. Este primer acercamiento significó abrir mi mundo, mi propia identidad, para colocarme como migrante diaspórica. Era menester “abrir fronteras, regresar a la Filosofía, construir en el límite...”, todo me llevó a un resquebrajo de mi identidad como investigadora. La moneda estaba en el aire, o me resistía o asumía el reto de la ruptura (Diario de campo, agosto 2005).

Hablar de un estudio de fronteras significa dejar de lado, provisionalmente, las preconcepciones para abrirse a nuevas narrativas. Una de mis primeras preocupaciones fue que si no lograba colocarme en los linderos sería imposible acercarme a mi objeto de investigación, por la complejidad del mismo. Realizar un estudio de “fronteras” implica enfrentar creativamente los cambios que en los sujetos aludidos son formas de vida, formas de sobrevivencia reconstituidas como agencia política. La movilidad es patrimonio legítimo de los protagonistas de este trabajo.

El aceptar que las fronteras se diluyen, que la realidad es cambiante, me planteó dos interrogantes: ¿De qué están hechos los cambios?, y

2 Seminario Interdisciplinario I, del Doctorado en Estudios Científico Sociales.

¿de qué están hechas las rupturas? Ubicar una investigación en la ruptura es reconocer que la realidad estudiada no es homogénea, que no es estática; que las historias de los protagonistas de esta investigación aparecían colocadas en planos espacio-temporales no lineales, que su experiencia de vida se coloreaba de luces y sombras, de contradicciones, conflictos y negociaciones. La historia recuperada es una historia de rupturas que no han llegado a su fin. La aceptación de la complejidad de la realidad social implica enfrentarse a un horizonte siempre abierto.

La aceptación de que la realidad está cambiando vertiginosamente implica acercarse a su estudio desde la noción de movilidad. No solo se mueve la teoría, se mueve también la metodología. Entonces fue ineludible la estructuración del mapa metodológico como una cartografía hecha de desplazamientos que exigieron nuevas estructuraciones a lo largo del camino. El investigador es el que hace la metodología desde la creatividad. La creatividad metodológica es una reivindicación ganada desde los años setenta por todos aquellos que defendieron que el trabajo investigativo no podía reducirse a una única forma de producir conocimiento científico: los planteamientos hipotético-deductivos.

El asumir la movilidad de la realidad social ha retado mi capacidad para construir objetos de estudio en la movilidad, desde una discusión epistemológica, ontológica y ética. Fue imprescindible leer a los sujetos como “sujetos nómadas”, no solamente por la migración física, sino por la migración de culturas, significados, bienes, metáforas, representaciones y narrativas. Entonces apareció la pregunta ¿Cómo se apropian de otras culturas las personas que no migran? La respuesta fue visualizar al sujeto investigado como constructor de redes, de circuitos de comunicación, de comunidades imaginarias, de mundos imaginados, de mundos posibles y visualizar al investigador como un explorador que se atreve a cuestionar su saber, su paradigma, que se atreve a salir de su narcisismo, visualizar al investigador como sujeto nómada con lugares provisionales de llegada. Me reconozco como una intelectual migrante, en una práctica investigativa que ha reconstruido mis representaciones

culturales. Parafraseando a Marcus (1995), la posición estratégica del investigador es el traslado. En el caso abordado significó seguir a los sujetos en su movimiento, seguir los objetos, seguir las metáforas, los discursos, las representaciones, los símbolos, las tramas, las historias, las narrativas, seguir el conflicto. Seguir las huellas dejadas en su caminar. El reconocimiento de los sujetos de la investigación como actores en movimiento, me llevó a la discusión en torno a las “identidades diaspóricas”, desde la pregunta: ¿Cómo se construyen las identidades “diaspóricas” y cuáles son las implicaciones metodológicas de su abordaje? Se trata de configuraciones móviles. Nuevas respuestas me ofreció la etnografía en el desafío de reconceptualizar el término de nativo, es decir, dejar de abordar a los investigados circunscritos a un territorio y tiempo delimitados, para asumirlos como personajes síntesis, es decir, como actores que condensan la historia vivida en sociedad (Fog, 2003).

El inscribir el trabajo investigativo en la movilidad me condujo al tema de la flexibilidad. La invitación a la flexibilidad se inició al darme cuenta de que el tiempo de las narraciones de los actores era un tiempo mimetizado entre el ayer, el ahora y el mañana. De ahí el reto de edificar conocimiento en nuevas coordenadas espacio-temporales.

Las estrategias metodológicas implementadas fueron escenarios para el despliegue de la reflexividad, tanto de los sujetos involucrados como del mío propio, nos pensamos a nosotros mismos, produjimos nuevos sentidos. Para Hammersley “La reflexividad tiene algunas implicaciones metodológicas importantes: como la imposibilidad de los intentos de basar la investigación social sobre fundamentos epistemológicos independientes del conocimiento del sentido común” (1994, 31). La relación entre sujetos de investigación es caldo de reflexividad que incluye la producción de conocimiento en torno a la propia existencia. Es una doble epistemología: la académica y la ontológica, las cuales conviven íntimamente.

Recapitulando, la reflexividad es el proceso de reflexión personal crítica de las propias preinterpretaciones, que funcionan como predis-

posiciones, preferencias y definen las decisiones metodológicas. Es la valoración del lugar que ocupan las preguntas en el fenómeno social del que se pretende su comprensión; es también la significación y el examinar críticamente el proceso completo de investigación. “La reflexividad puede ser aplicada a todos los aspectos fundamentales de la experiencia, definiendo lo pensable y lo impensable, lo prescrito y poscrito. Pone el matiz a todas las preguntas pertinentes, produce las preguntas que llaman a la pregunta” (Bourdieu, 1995, 97).

La construcción metodológica sufrió modificaciones hasta en el último momento: el acercamiento empírico en diálogo con los aparatos teóricos fue exigiendo nuevas interpelaciones, las representaciones de mis protagonistas se rehicieron historia cultural en cada nuevo núcleo analítico. La imaginación, de cara a la reflexividad, me llevó a la necesidad de concretar todos los debates anteriormente planteados en un mapa de navegación, que me permitiera, por un lado, plantear una ruta tentativa y, por otro, ser flexible y mantener la mirada abierta a la realidad que me interpelaba; dicha flexibilidad fue compañera cercana de la reflexividad. Geertz (1989), provee la metáfora “el investigador como instrumento” para mostrar que un investigador recolecta información que pasa a través de la experiencia teórica y práctica del investigador y de lentes de inexperiencia.

El investigador se hace en la imaginación y en la vigilancia epistemológica para reinterpretar lo ya interpretado por los actores, imaginación metodológica, imaginación teórica. Ello me llevó a un acercamiento plural a los aparatos teóricos, es decir, la teoría no se inscribió en un momento de la investigación sino se acompañó a manera de diálogo la construcción del objeto de estudio. Mis procesos de preinterpretación y reinterpretación siempre fueron motivo de revisión.

Para García Canclini (1999), el investigador es un especialista de la alteridad y la heterogeneidad. El investigador no llega a interpretar la realidad, llega a un mundo preinterpretado. “Es la interpretación de una interpretación, se reinterpreta un campo preinterpretado” (Thompson,

1998b, p. 399). Los sujetos investigados hacen la historia, no son solamente observadores y espectadores de ella. En la relación entre objeto de estudio y sujeto investigador se produce una relación de sentido. La construcción de conocimiento, desde esta perspectiva, remite a una relación puesta en escena donde el investigador es al mismo tiempo sujeto investigado, que participa de la subjetividad - objetividad, en la intersubjetividad. Thompson (1998), rescata a los sujetos del campo - objeto, como sujetos capaces de comprender, reflexionar y actuar a partir de la comprensión y la reflexión. No son seres pasivos. En esta búsqueda se tornó fundamental el rescate de la actoría tanto del investigado como del investigador, desde la capacidad de agencia. Para Appadurai (2001), “agencia” es la capacidad de actuar, de ser agentes y de tener una fuerte actuación en la vida social. Tiene que ver con “la modernidad reflexiva” de Giddens, de Beck y de Lash (1997), en tanto, la reflexión como sustantivo y adjetivo del ser humano en el devenir histórico. Porque el investigador como actor se dibuja cada vez más en “la imaginación”.

La investigación puede ser distinguida, primero, por la reflexividad practicada por el investigador, y segundo, por el reconocimiento de un conjunto de múltiples lentes, reconstrucciones identitarias y los lugares ocupados en la indagación. Para Canclini (1999), el investigador es el que construye las conexiones entre los datos, no existen *a priori*. Las mediaciones que hace el investigador están matizadas por el poder, en la cual está presente la ideología, que tiene una estrecha relación con las propias representaciones historizadas. El investigador está inmerso en lo político, toma decisiones permanentemente, por ejemplo, cuando deja cosas por fuera porque cree que ya las conoce o porque no las considera relevantes. La inmersión de lo político en la investigación mantuvo una relación cercana con la utopía y con el reconocimiento de actoría de los investigados. En esa línea, los actores de la investigación que es referente de este trabajo, al narrarse a sí mismos reconstruyeron su identidad, se reconocieron nuevamente como sujetos con capacidad de agencia.

Mi palabra y su palabra confluyeron y se diferenciaron en el telón de fondo de la memoria colectiva; colocados a lo largo del tiempo en distinto lugar, nuestras agencias peleaban, una y otra vez, por hacer oír nuestra voz: yo, en la pretensión de construir un saber desde el papel emancipatorio de las ciencias sociales; y ellos, desde el tesón por mantenerse vigentes como actores protagónicos de su historia y en la pelea por su propio relato que rescribe su historia; yo en la imposta de mi *ethos* de académica, con mis dilemas éticos que se tradujeron en el cuidado por ser fiel a su palabra. La presente novela académica se inscribe en un debate ontológico.

Soy y he sido portadora de un doble poder: el que suscribe mi actual inscripción como académica y el que quedó impostado de pasado desde mi papel de educadora popular; dicho poder debía ser celosamente resguardado y al mismo tiempo puesto a la luz en el reto de mostrarlos desde su actuación. La disputa en mi interior se protagonizó en dejarlos hablar y en que se oyera su voz y su manera de construir el mundo. En un principio me movía la insistencia de que fueran visibles para los estudiosos de lo social, que sus estructuras de representación cultural quedarán al descubierto, que se evidenciara su vida comprada desde la esperanza, que se traspasara su socialidad, que trascendió a los llamados movimientos sociales. El investigador no llega a aprehender la realidad, la realidad ya está interpretada, llega a reinterpretarla.

El objeto de nuestras investigaciones es en sí mismo un campo preinterpretado. El mundo sociohistórico no es solo un campo-objeto que está allí para ser observado; también es un campo-sujeto constituido, en parte, de sujetos que, en el curso rutinario de sus vidas diarias participan constantemente en la comprensión de sí mismos y de los demás, y en la interpretación de las acciones, expresiones y sucesos que ocurren en torno a ellos (Thompson, 1998, 399).

El interjuego entre preinterpretación, interpretación y reinterpretación nos lleva al tema de

la vigilancia epistemológica. En mi caso, la mirada externa que me acompañó pacientemente y permitió una distancia crítica fue una de las concreciones de la vigilancia epistemológica³, que fungió como requisito indispensable en mi caminar investigativo. Dicha custodia se concretó en diversas inspecciones: no crear falsas expectativas y dar respuesta realista a las que se desencadenaron desde el proceso de interacción; dejar clara mi intención académica desde el primer momento y explicitarla cuantas veces fuera necesario; descentrarme de la demanda de los involucrados de conformar conmigo una nueva organización; mantener una postura ética ante las narraciones de la vida privada; confrontar en sospecha mis preinterpretaciones con las evidencias empíricas y la teoría; distinguir mi voz de su voz; mantenerme alerta ante la tentación de colocar a los entrevistados como víctimas frente al tema de la ruptura; reconocer mi afectividad movilizadora durante el trayecto y no caer en posturas apoloéticas ni fatalistas al pretender colocar este trabajo en el campo académico. Así aparece en mi diario de campo:

Otra cosa que quiero decir es que me doy cuenta de que el asunto de la vigilancia epistemológica se pone difícil, o diría compleja, no me puedo sustraer de mi presencia como parte de la investigación, no es solo cuidarme, sino estar atenta a mi propia reflexividad y a darme cuenta de que estoy reactivando cosas del pasado que van más allá del recuerdo, el asunto de los discursos no son solo discursos y representaciones, son prácticas que reorganizan en el presente las vidas privadas y colectivas (DC, 5 de septiembre de 2005).

La creatividad aparece de la mano de la teoría crítica al hablar de vigilancia epistemológica; colateralmente, cuestiona el papel de los investigadores. Parafraseando a Martín Barbero (2002b), se trata de replantear el papel de los intelectuales, que adquiere una nueva centralidad, ya que los intelectuales encuentran serias dificultades para reubicar su función, para reconstruir su identidad. Para Sánchez Ruiz (2002), observar, analizar y teorizar es un modo de ayudar a construir

3 Durante todos los grupos de discusión fui acompañada por otra investigadora.

un mundo diferente y mejor. Considero que esta actitud implica reposicionar el “saber crítico” para insertarse en el campo de conocimiento desde la toma constante de decisiones. Para Martín Barbero (2001), los intelectuales aún mantienen una distancia “prepotente” en relación con el mundo de la cotidianidad.

El quehacer del investigador social se inscribe en una dimensión utópica, se encuentra teñido de una tintura ético-ideológica. El colocar a los sujetos de investigación como protagonistas me implicó en un debate entre la recreación escrita, la discusión teórica y la pretensión de ser fiel al comunicar su trayectoria y su historia desde la complejidad que ha implicado su caminar; y desde la forma en que el tiempo se volvió su patrimonio.

Como parte de este esfuerzo ha sido importante aceptar que no es posible desconocer el nivel de implicación en este trabajo, pero sin dejar de lado el papel estratégico jugado en el conjunto del mismo. Todo lo anterior matiza mi concepción del investigador y, sobre todo, el papel que les confiero en la construcción de conocimiento social, todo lo anterior impacta la identidad del investigador.

Conclusiones

En torno a la investigación social inscrita en la transdisciplinariedad no todo está dicho, muchas preguntas quedan sin responder. Nos encontramos frente a un campo fértil, imbuido de imaginación de mundos mejores para todos aquellos que han peleado día a día por la inclusión en un mundo que excluye, que segrega y que niega a millones el derecho de una vida digna. La transdisciplinariedad no es solo una apuesta en la construcción abierta de conocimiento, es una apuesta por colocar el estudio de las actuales dinámicas sociales como ámbito de conocimiento

desde una postura política, donde la indignación es protagonista. La teoría social tiene mucho que aportar en la explicación de los múltiples modos de explotación y de los diferenciales de actoría societal, desde la crítica social de manera fundamentada y rigurosa, ya que las formas de la crítica social han sido incapaces de intervenir en el nuevo orden social, cayendo muchas veces en posturas apologeticas y en fatalismos.

La investigación transdisciplinar irrumpe contra el reduccionismo, la ultraspecialización y los estancos disciplinares para abordar la realidad social desde miradas más abiertas, desde la confluencia de diversos métodos para construir nuevos objetos de conocimiento, más allá de lo disciplinar.

La investigación transdisciplinar abona a la legitimación de nuevos objetos de estudio vistos desde la complejidad, enraizados en la crítica social, que se distancia de la lógica de mercado, que marca los abordajes prioritarios y la hegemonía de los planteamientos hipotético-deductivos como única manera de hacer investigación. Es pasar de la *doxa* a la heterodoxa, es mantener un equilibrio entre lo instituyente y lo instituido, en la imposta de un investigador cuyo oficio se edifica para levantar la voz para construir alternativas al futuro. Un investigador que se atreve, que se arriesga, que acepta reflexivamente su implicación desde la vigilancia de sus propias preconcepciones en la tríada: rigor, ética y reflexividad.

Cierro parafraseando a Jesús Martín Barbero (2001), en su afirmación de que el intelectual sería como un mediador simbólico, identificador de problemas, portador de innovaciones y constructor de consensos, cuya crítica no se basa en la orgullosa distancia de los riesgos que conlleva toda intervención en lo social, sino que hace parte de la dinámica que necesita una sociedad para no anquilosarse.

Referencias

1. Álvarez-Gayou, J. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México, D.F.: Paidós educador.
2. Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Trilce.
3. Beck, U., Giddens, A. & Lash, S. (1997). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
4. Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
5. Bourdieu, P. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
6. Chartier, R. (1995). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
7. Dávila, A. (1995). Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: Debate teórico e implicaciones praxeológicas. En: Delgado, J. & Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. España: Editorial Síntesis.
8. Fog, O. K. (2003). 'Transnational' socio-cultural systems and ethnographic research: views from an extended field site. En *The International Migration Review*, 37, (3). Center for Migration Studies. Nueva York.
9. García Canclini, N. (1984). Cultura y organización popular. Gramsci con Bourdieu. En *Cuadernos Políticos*, 38. México: Ediciones Era. enero-marzo.
10. García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. México: Paidós.
11. Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
12. Giorgi, A. (1985). *Phenomenology and Psychological Research*. Pittsburgh: Duquesne University Press.
13. Hammersley, M. & Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
14. Marcus, G. E. (1995). Ethnography in / of the world system: the emergence of multi-sited ethnography. En *Annual Review of Anthropology*, 24, (95). Annual Reviews, Palo Alto.
15. Martín Barbero, J. (2001). Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación. En Vassallo de Lopes, M. I. & Fuentes Navarro, R. (comps.). *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. ITESO / Universidad Autónoma de Aguascalientes / Universidad de Colima / Universidad de Guadalajara, México.
16. Martín Barbero, J. (2002). *Oficio de Cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
17. Morin, E. (1995). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
18. Pratt, M. L. (2003). *Globalización, desmodernización y el retorno de los monstruos*. Lima: SIDEA.
19. Sánchez R., E. (2002). La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social: notas para una agenda. En *Diálogos de la Comunicación*, 64., Lima: FELAFACS.
20. Thompson, J. B. (1998). La metodología de la interpretación. En *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM-Xochimilco.
21. Ruiz, O. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. España: Universidad de Deusto.